

Los extraños caminos de la santidad

Fusilado en 1971 por matar a su mujer,
Víctor Apaza es santo para muchas mujeres

Ana María Portugal

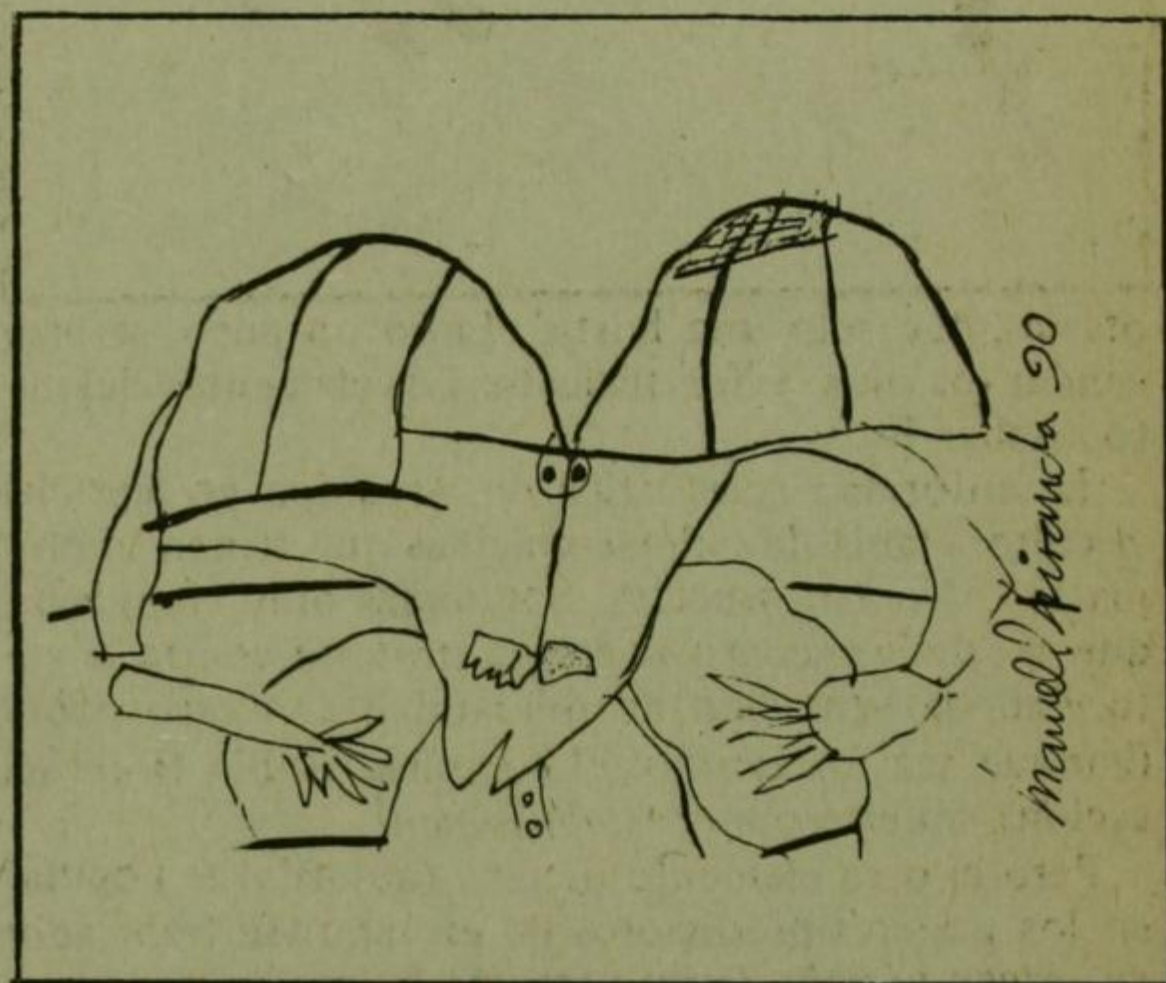
La gente —sobre todo mujeres— se acerca lenta, silenciosamente a la sencilla lápida en el cementerio provinciano; los pasos parecen afelpados; casi no se habla pero, al momento de tocar la lápida y de depositar algunas flores o dinero, las lágrimas fluyen. Es el típico llanto de los pobres, mezcla de angustia y de esperanza: un santo yace enterrado en este lugar de sol y silencio, según creen estos fieles que, año con año, aumentan. Se le solicitan favores, se expresan quejas y lamentos.

Ante las cámaras de la televisión que hace pocas semanas llegaron al lugar donde reposa el hombre que convoca ya a pequeñas multitudes de diversos estamentos sociales —pero fundamentalmente de obreros, campesinos y clase media baja—, declaran las fieles: a mí me ha hecho ya varios milagros, dice una; me estoy encomendando a él, afirma otra, para que me ayude en un negocio. (Curioso: un elevado porcentaje de los milagros solicitados a este santo no reconocido se refieren a transacciones comerciales).

La propia hija del difunto expresa su devoción y se lamenta por la muerte de su padre.

Y ahora, narremos otra historia. El 17 de septiembre de 1971 es fusilado en la cárcel llamada Siglo XX de la ciudad de Arequipa, Víctor Apaza Quispe. Apaza ha sido juzgado y condenado por homicidio. La víctima, su mujer, Agustina Belizario Capacoilas, murió golpeada y apedreada; su cadáver fue encontrado cerca de las vías del tren, poco después. La pena de muerte, todavía entonces vigente en el Perú, fue aplicada. Una enorme multitud que se cubría con ponchos en la helada madrugada arequipeña rodeó la cárcel. Empezaba un mito. Un pequeño y significativo mito.

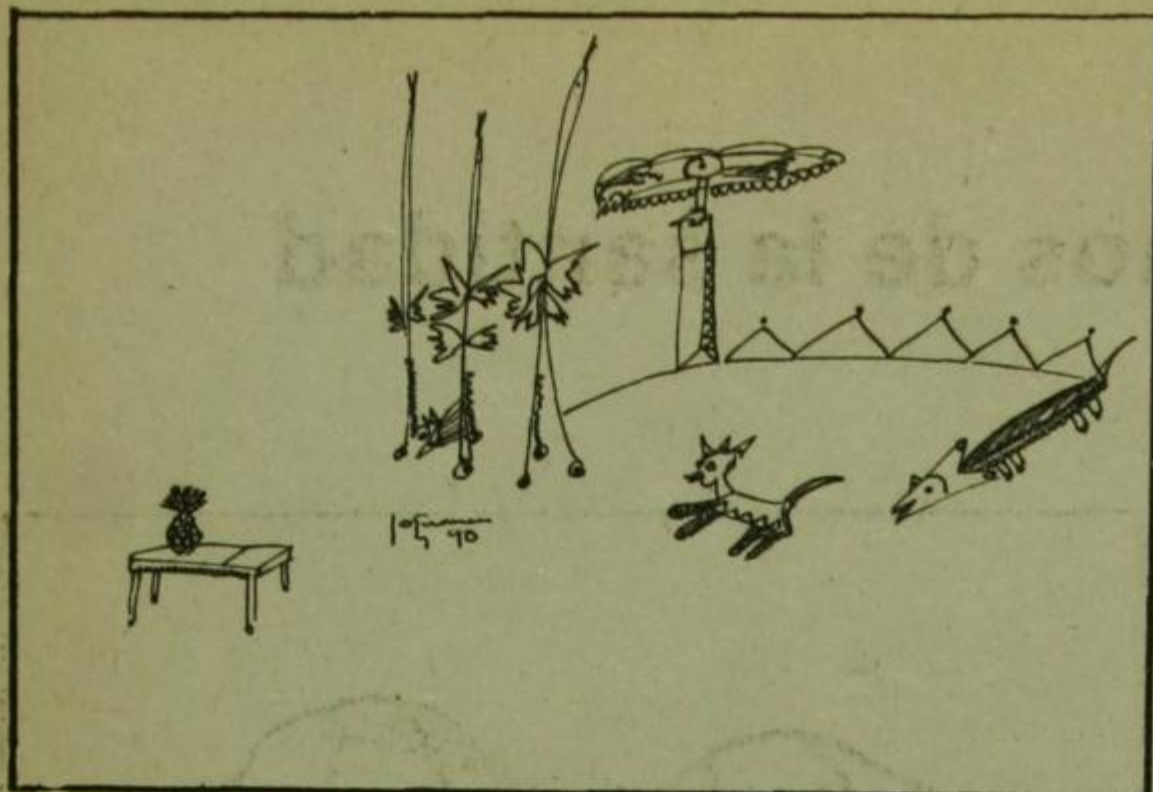
Las dos historias tienen algo en común, y es que el “santo” y el homicida son la misma persona. El hombre que mató a una mujer está siendo encumbrado a una santidad extraoficial por una mayoría de mujeres. Víctor Apaza, según todas las versiones, era algo muy próximo a un fanático religioso. Cargaba andas en procesiones, hacía trabajo de evangelista, y sometía a su familia, según se informó, a constantes penalidades por supuestos o reales pecados. Hasta se habló



(sus hijas hablaron) de prácticas incestuosas, declaración que luego fue desmentida por las propias hijas cuando se vio que la vida del padre estaba en peligro. Apaza era sirviente y alguna vez fue corneta militar. En suma, un hombre perfectamente integrado a la sencillez y la obediencia; algunos hablarían de cerebro lavado.

El cadáver de Agustina fue encontrado por la policía el 2 de febrero de 1969. Dos semanas antes, Víctor había anunciado que iba a hacer un corto viaje, durante el cual soñó que su mujer lo engañaba. Regresó corriendo, sacó a su mujer de la casa, y la mató con una piedra. Dos días después denunció la desaparición de su mujer, alegando que seguramente se había ido con otro hombre. El hombre que vivía obsesionado por el pecado, el riguroso fundamentalista, el que le gritó a su mujer antes de matarla “te he soportado hasta ahora porque soy un hermano evangelista”, había retrocedido finalmente hasta Caín. También en eso hay una lección.

Pero desde entonces, y durante los últimos veinte años, extrañas cosas han ocurrido, como se ha visto. La hija mayor, llorosa ante las cámaras, expresó sus dudas: no sería su padre el asesino, sino, quizás, su patrón. Y el coro femenino: era un hombre bueno, me hace milagros, creo en él. Los llantos de la noche del fusilamiento se extienden y continúan en el cementerio arequipeño. En su testamento había legado 300 camioncitos de madera fabricados en la cárcel; una funeraria donó el ataúd; su última cena, pese a las




ofertas, fue sólo una hostia. Lloró un poco, se hizo vendar los ojos, y fue fusilado. Los elementos del mito estaban listos.

La autoridad eclesiástica de Arequipa no aprueba el culto. Habla de "almas sencillas que tienen su propia fe". No tan sencillas. Son almas muy complejas, que sin duda recogen la eterna protesta contra la autoridad, la sensación de solidaridad con otro pobre (aunque sea un asesino: el complejo Robin Hood en acción), muerto por el *establishment*.

Pero el otro elemento de esta (absurda) fe popular en los poderes prodigiosos de un humilde trabajador de origen puneño (gran parte de la inmigración cam-

pesina a Arequipa proviene del pauperizado Puno) es el papel desempeñado por las mujeres: mató a una de ellas, otras lo quieren santificar. ¿Hasta qué punto se produce aquí el típico fenómeno, tan "femenino", de la autoinculpación? ¿Qué habrá hecho ella para que la mate? Cualquier aprendiz de sociólogo conoce el mecanismo a través del cual un sector marginado u oprimido no solamente asume, interioriza, los valores de sus explotadores sino que se vuelve ferozmente contra sus colegas de infortunio. Una víctima, nerviosa e insegura, exige un comportamiento intachable a todas las otras víctimas, para demostrar que son "buenas". La agresión se desvía del victimario (cuyos valores se asumen) para concentrarse en las víctimas. Un fenómeno que conocen bien no sólo las mujeres sino también negros, obreros, judíos, inmigrantes, homosexuales, nativos, soldados. . .

Las mujeres que rinden culto hoy a quien asesinó a otra mujer representan algo más que una anécdota, graciosa, trágica o patética. De alguna manera resumen y simbolizan un rasgo psicológico de la dominación que quienes quieren transformar la vida y la sociedad harían bien en no subestimar. 

FEMPRESS.

FUENTES: Revista *Caretas*, octubre 30, 1989. Programa de TV "En Persona", Canal 4, Lima, 21/01/90.

Madre hay una sola y a ti te encuentre en la calle

No hace falta recordar que la mujer es el argumento del cancionero amoroso universal. Cuánta veneración, pasión, reproche o nostalgia —según sea la condición de la mujer: amante, pérfida e ingrata por naturaleza, o madre, abnegada, sufrida y admirada— está contenida en los innumerables versos de la poesía y la canción amorosa.

Tania Ruiz

al amor con frenético ardor, para ser mujer". Pero también debe ser soltera y sin hijos, porque la mujer a quien le cantaba Sadel, si se hace madre, inmediatamente será canonizada y despojada de su aureola romántica. Porque la canción popular latinoamericana ha reservado un claro papel a las mujeres: como madres, hacer niños y criarlos hasta que llegue otra mujer, casi siempre también para llevarlos por el camino del dolor y del martirio.

MADRE SANTA

Una mujer debe ser soñadora, ardiente y coqueta, debe darse

El lenguaje invisible que es la canción popular ha expresado la reper-

cusión del cristianismo en las costumbres occidentales, sobre todo en la consideración de la mujer. El cristianismo, contra todas las creencias religiosas imperantes, encontró un camino de salvación para la mujer, portadora de placer y de lujuria y, por lo tanto, de pecado: el de la obediencia de la mujer al hombre en el matrimonio cuyo único fin es la procreación. Así es que, en el canto popular, madre no da ni recibe amor de hombres, a menos que éstos sean sus hijos varones, los cuales nacieron por obra y gracia del Espíritu Santo. Tal cual como le ocurrió a la Virgen María. La madre es la negación de la coquetería y de